

ENTREVISTA

L I T E R A T U R A - C U L T U R A - U N I V E R S I D A D

a cargo de mónica reynoso

MARIA TERESA GRAMUGLIO forma parte de aquellos intelectuales que confían en "reconstruir el tejido cultural que la dictadura se empeñó en destruir". Aceptó vincularse al Departamento de Letras de la U.N.C como profesora "viajera", seguramente alentada por esa y otras razones que es posible - e interesante- conocer en la entrevista que sigue.

¿Cuál ha sido su formación profesional, y qué actividad de sarrolla actualmente?

Voy a responder de un modo poco convencional a esta pregunta, eludiendo el recitado de un curriculum y matizándola con algunas ideas sobre la Universidad y otro tipo de instituciones, única justificación que podría dotar de algún interés a mi historia profesional. Me recibí de profesora en Letras en la Facultad de Filosofía de la Universidad del Litoral, ahora Universidad de Rosario. Puedo de

cir que soy un producto bastante típico de esa hoy mitificada universidad de los años sesenta. Fui dirigente estudiantil y presidente del Centro de Estudiantes, en un contexto de alta exigencia tanto política como académica, en el cual, para muchos de nosotros, el activismo era indisociable de la responsabilidad intelectual: los buenos dirigentes, pensábamos, tienen que ser también buenos estudian

tes, una idea que por entonces parecía novedosa y que ahora quizá suene risible. Sin embargo, creo que allí se cimentó la base de ese lazo para mí indestructible entre la práctica intelectual y la práctica política, que los gobiernos autoritarios que padecimos trataron de corroer y desprestigiar.

La Facultad de Filosofía de Rosario era en ese entonces relativamente pequeña, de modo que la relación entre docentes y alumnos era muy personalizada; era también una facultad bastante nueva, con escaso equipo local, y a partir de fines de los años cincuenta empezó a incorporar a su planta docente a profesores de la U.B.A. Debido a eso tuve la suerte de tener como profesores a Tulio Halperín y a varios miembros del grupo Con-torno, como Ramón Alcalde, Noé Jitrik, David Viñas y, sobre todo, Adolfo Prieto, que se convirtió en mi maestro y mi amigo. Empecé muy temprano la actividad docente en cargos ganados por concurso, primero como ayudante-alumna, y, apenas recibida, como titular (una audacia que no sé si repetiría). El golpe del 66 quebró esos comienzos optimistas: los equipos incipientes se dispersaron y la Universidad sufrió un desmantelamiento del que nunca llegó a reponerse. A partir de ahí, mi actividad profesional se convierte en lo que yo, cuando estoy de buen humor, llamo "radiografía de la pampa": trabajé en la enseñanza media y en profesorado, dirigí algunos proyectos educativos en esos niveles, y fui miembro fundador del Centro de Estudios de Filosofía, una

institución privada que los docentes renunciando de la Facultad formamos en Rosario, como espacio alternativo y de oposición a la universidad intervenida por Onganía. Allí organizamos numerosos cursos y seminarios con la participación, nuevamente, de profesores de Buenos Aires y aun del exterior, como Ángel Rama. Ana María Barrenechea, José Carlos Chiaramonte, Josefina Ludmer, Ricardo Piglia, Beatriz Lavandera, fueron algunos de los que colaboraron para mantener vivo ese núcleo que nos parecía indispensable para continuar existiendo como intelectuales.

Volví a la Universidad en los años setenta, salí bajo amenazas de muerte de la Triple A en 1975, volví nuevamente en 1984, ya en Buenos Aires. Actualmente soy profesora interina de Literatura Argentina II y de Literatura del siglo XIX en la U.B.A. y en el Comahue.

Durante los años de la dictadura militar me vinculé con el grupo de lo que sería, a partir de 1978, Punto de Vista. Lo que ese grupo significó como parte de una zona de resistencia cultural a la dictadura y como lugar de articulación de una trama ideológica y afectiva que nos constituyó de modo intenso, está muy bien explicado en el editorial del número 30 de la revista. En ella publiqué buena parte de mis trabajos sobre literatura argentina. También soy miembro del Club de Cultura Socialista, una pequeña y controvertida institución privada en la cual un grupo de intelectuales de distintas disciplinas intentamos reflexionar sobre la

cultura y la sociedad desde una perspectiva socialista.

Quiero destacar esta pertenencia múltiple a instituciones académicas y no académicas, por que la accidentada historia política de estos años me ha hecho percibir la importancia de esos lugares otros, que a veces son los únicos que permiten pensar críticamente cuando la actividad universitaria es atacada por los regímenes autoritarios.

Usted cumple parte de su actividad académica en la U.N.C, como profesora "viajera". ¿Qué la motivó a integrarse al equipo docente de esta universidad?

Debería decir que la primera motivación fue el increíble poder de convicción del Director del Departamento de Letras, Profesor Omar Aliverti. Pero si se revisa la primera respuesta, se podrán intuir las otras. Entre ellas, que quizá intento saldar una deuda con aquellos "profesores viajeros" que venían de Buenos Aires a Rosario, y que fueron tan importantes para mi formación. Sin embargo, creo que todo esto no debería pasar por motivaciones personales, sino que sería deseable diseñar estrategias más sistemáticas de cooperación e intercambio entre diversas instituciones (facultades, Conicet, Centros de investigación) que permitieran ir formando equipos de docencia e investigación en todas las universidades del país. Esto, como parte de una política universitaria global que tienda a reconstruir el tejido cultural que la dictadura se empeñó en

destruir.

De acuerdo con su experiencia docente, desarrollada en universidades tan distintas como la U.N.C y la U.B.A, ¿cuál cree usted que es la función que debería cumplir la universidad?

En la dirección que indica el final de la respuesta anterior, pienso que la universidad tendría que funcionar como una correa de transmisión entre la demanda social y el ámbito especializado del trabajo intelectual. Dicho de otro modo: pensar en formas de socialización y de democratización del saber que permitan un intercambio enriquecedor entre la Universidad y la comunidad que la sostiene. Tal vez eso sea más viable en una universidad chica y nueva, aunque la dispersión geográfica de la Universidad del Comahue conviene a ese propósito en un especial desafío a la imaginación. En cuanto a la U.B.A, la explosión demográfica de la matrícula ha generado problemas nuevos cuya solución absorbe buena parte de las energías disponibles, y se percibe entonces el efecto paradójico de una universidad casi masificada que corre el riesgo de ensimismarse en sus propias dificultades de manejo, gobernabilidad y mantenimiento del nivel académico, con poca capacidad de responder a la demanda social. Coloco estas reflexiones en el marco melancólico de una comprobación: somos una universidad empobrecida en un país empobrecido, con escasas posibilidades de revertir rápidamente esta situación.

¿Cuál es, a su juicio, el sentido de una carrera como Letras en este momento y en este país?

Apareció la gran pregunta, la pregunta por el sentido, tan ardua de responder en estos tiempos de crisis: crisis de las grandes respuestas, crisis del objeto, crisis de los paradigmas. Creando un suspenso folletinesco, ofrezco una respuesta oblicua y fragmentaria para el próximo número: el texto de una conferencia que di en el ciclo "Las humanidades, hoy", organizado por la Universidad de Rosario, en la cual intenté, más que dar respuestas, plantear algunos interrogantes en torno de esta cuestión.

Finalmente, dos preguntas relacionadas entre sí. Primero, qué figuras de la intelectualidad argentina reconoce como más polémicas; luego, si le parece cuestionable el rol del intelectual en la Argentina de hoy.

Me gustaría fundir estas dos preguntas, y evitar tanto un posible panteón (por otra parte quizá previsible) como la tentación normativa. Me parece más interesante desplazar el acento hacia lo que la segunda desata, y decir un par de cosas sobre esa figura polémica de intelectual que nos incluye a muchos de los que nos formamos, como tales, en esa franja que de un modo amplio llamaría "cultura de izquierda"; a los que vivimos en el país o en el exilio - la experiencia de la dictadura; a los que ahora nos encontramos tratando de redefinir nuestros roles en una democracia política

frágil, amenazada por las fuerzas reaccionarias de los que ganaron la guerra sucia y sus socios, y por la magnitud del deterioro económico y la injusticia social que afectan a vastos sectores de la población. Sobre estas cuestiones hemos discurrido largamente y también escrito algo con los compañeros de Punto de vista. Cualquiera que recorra los números de los dos últimos años encontrará allí, en artículos de Beatriz Sarlo, de Carlos Altamirano, de Hugo Vezetti, de Hilda Sabato y en alguno más, los rastros de esas conversaciones que ahora no haré, me temo, más que parafrasear.

Los años sesenta nos convencieron de que toda nuestra práctica estaba, sin resquicios, atravesada por la política: no había espacio para otras dimensiones, otras lógicas u otros regímenes de verdad. Con esta convicción enfrentamos los setenta, y es ella, creo, la que ha hecho crisis después de la fractura que provocó el golpe del 76, con su secuela de dispersión y de muerte. El retorno al estado de derecho nos obligó a repensar el valor de las libertades civiles y a preguntarnos cómo conjugar esos dos polos que habíamos mantenido escindidos: la cuestión democrática y la cuestión social. No me cabe duda de que este cambio genera no pocas resistencias internas y hasta acusaciones de traición, como si no cambiar garantizara la pureza. Creo que nos habíamos acostumbrado a pensar monolíticamente, a privilegiar la violencia y a despreciar lo que considerábamos un engaño bobo: las "trampas burguesas" de la "democra-

cia formal". Los militares también las desprecian y arrasan con ellas, también privilegian la violencia, y el precio fue la violencia que ejercieron sobre nuestras mentes y nuestros cuerpos. No quiero pensar como los militares: a eso le digo "nunca más".

Por otra parte, en la nueva situación que se abre a partir del 83 se verifica un movimiento que no deja de tener perfiles contradictorios: mientras entran en crisis los grandes discursos totalizadores y, junto con ellos, el modelo de gran intelectual "faro" que los encarnaba, mientras se acentúa la tendencia a la especialización y al reconocimiento de una legitimidad específica del trabajo intelectual en su propia esfera, se percibe entre nosotros un fuerte impulso de intervención de algunos intelectuales en lo que llamamos la esfera pública.

Los intelectuales se están convirtiendo en una presencia notoria no sólo en el ámbito académico, sino también en los equipos políticos del partido gobernante y en los de la oposición, en las publicaciones periódicas y aún en los medios masivos. ¿Debemos ver allí un mero vedettismo, o una entrega más de ese largo folletín que han pergeñado las fantasías de los intelectuales con el poder? Pienso que no: pienso que, aunque su eficacia parezca dudosa, allí reside una búsqueda legítima de una legitimación que se quiere activa, siempre en conflicto y siempre crítica con respecto a la injusticia social y a los aparatos del poder. Pien

so que allí anida, en una forma nueva y todavía imprecisa, esa dimensión que algunos llaman utópica, que a mí me gusta llamar humanística, que define la índole política que es propia del trabajo intelectual.